

Jn 6,41-52
He bajado del cielo

Continuamos este domingo la lectura del discurso del "pan de vida", el que Jesús pronunció en la sinagoga de Cafarnaúm. Este discurso lleva en nuestras Biblias este título porque en dos ocasiones Jesús declara: "Yo soy el pan de vida" (Jn 6,35.48).

El discurso del pan de vida constituye un punto crítico en el ministerio de Jesús, un punto de quiebre. En efecto, el día anterior Jesús había hecho el milagro de la multiplicación de los panes y su popularidad alcanzó el máximo: "Al ver la gente la señal que había realizado, decía: 'Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo'... E intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerlo rey" (cf. Jn 6,14-15). Pero, después de este discurso, todo ese entusiasmo se pierde y todos lo abandonan, hasta el punto que Jesús, dirigiéndose a los Doce, les pregunta: "¿También vosotros queréis marcharos?" (Jn 6,67). Esta simple observación nos permite discernir la centralidad de la enseñanza propuesta aquí por Jesús. En esta ocasión aparece Jesús como lo había profetizado el anciano Simeón a María su madre cuando ella presentó a su Hijo al templo: "Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción" (Lc 2,34).

En el Evangelio de Marcos, que también tiene un esquema de revelación de la identidad de Jesús, el punto culminante se alcanza cuando Pedro, en nombre de los Doce, declara: "Tú eres el Cristo" (Mc 8,29). Ese momento tiene su paralelo en el Evangelio de Juan cuando Pedro, acabado el discurso del pan de vida, respondiendo a la pregunta de Jesús, le dice: "Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,69), equivale a decir "el Ungido de Dios, el Cristo". Indica que también aquí tenemos un punto culminante.

La reacción de los presentes en esa sinagoga, que va desde el entusiasmo a la desilusión, se produjo en diversas etapas, según las diversas categorías de personas. La primera reacción es la de aquellos que mejor conocen a Jesús. Es la que nos presenta el Evangelio de hoy: "Los judíos murmuraban contra él, porque había dicho: 'Yo soy el pan que ha bajado del cielo'. Y decían: '¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?'". Este primer grupo está caracterizado simplemente como: "los judíos". Este apelativo corresponde a todos los que estaban allí. Pero este es un grupo particular de judíos; estos son los que conocen a Jesús. Ellos pueden decir: "Conocemos a su padre y a su madre". Estos son los que conocen su origen. Objetan dos cosas: que Jesús haya dicho: "Yo soy un pan" y que haya dicho: "He bajado del cielo". Desechan la primera de estas cosas, por parecerles de-

masiado absurda, y se concentran en la segunda: "¿Cómo puede decir: 'He bajado del cielo'?".

Aquí está en juego el tema del origen de Jesús, que atraviesa todo el Evangelio como un punto central sobre su identidad. Los judíos que aquí murmuran sabían que Jesús venía de Nazareth, un pueblo que dista aprox. 40 km de Cafarnaúm. Así es presentado por Felipe cuando él llama a Natanael: "Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, el hijo de José, el de Nazareth". Le respondió Natanael: "¿De Nazareth puede haber cosa buena?" (Jn 1,45-46). Nosotros pensamos inmediatamente: "Jesús no procede de Nazareth sino de Belén de Judá". Pero este punto para el evangelista Juan es secundario; de hecho nunca dice que Jesús haya nacido en Belén, pues esto lo da por sabido. Sólo alude a este tema poniéndolo en boca de la gente en Jerusalén: "Algunos decían: 'Este es el Cristo'. Pero otros replicaban: '¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de donde era David?' Se originó, pues, una disensión entre la gente por causa de él" (Jn 7,40-43). Lo que interesa al evangelista no es el punto geográfico de donde viene Jesús, sino su origen eterno. La pregunta clave la pone Pilato, cuando está juzgando a Jesús: "¿De dónde eres tú?" (Jn 19,9).

Aquí están en juego dos aspectos fundamentales de la identidad de Jesús que el Evangelio de Juan acentúa desde la primera página: la preexistencia y la encarnación. Precisamente este año celebramos los 2000 años desde el momento en que ambas cosas se encontraron en la Persona de Jesús. Jesús existe desde siempre en el seno del Padre, como Dios verdadero, de la misma sustancia que el Padre; pero en un momento de la historia se encarnó y se hizo hombre apareciendo como uno de tantos. Así está escrito en el Prólogo de Juan, que es un texto programático: "En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios... Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros..." (Jn 1,1.14).

Esto es lo que está en juego en estas afirmaciones del discurso del pan de vida. Jesús declara haber venido del Padre y, por tanto, ser el único que ha visto al Padre: "No es que alguien haya visto al Padre; sino que aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre" (Jn 6,46). Y agrega: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo" (Jn 6,50-51). Están aquí reafirmados su origen del cielo y su encarnación; y está insinuado su sacrificio salvador. El tiene una carne y ésta es la que él da como alimento de vida eterna. La carne de Jesús está penetrada de la vida divina que él posee desde la eternidad y comunica esta vida al que la come. Pero es una carne que es entregada "por la vida del mundo", expresión que pue-

de traducirse: "sacrificada por la vida del mundo". Este es el alimento que Jesús nos da en la Eucaristía, que es sacrificio y banquete; este es el pan del cielo que contiene en sí todo deleite. Los cristianos nos nutrimos de este pan cada domingo. ¡Felices los que se nutren de él cada día!

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción